

EMILIO CARBALLIDO SE SENTÓ EN UNA BANCA CUALQUIERA...

Alejandro Ortiz Bullé Goyri*

Resumen

Emilio Carballido es una pieza clave para reconocer los rumbos del teatro en México a partir de la llamada Generación de Medio Siglo, pero no sólo cabe reconocer en él al dramaturgo, sino al hombre de teatro completo. Más aún, su obra literaria en su conjunto, su obra como novelista y cuentista es de una calidad sorprendente. En esta semblanza nos permitimos reflexionar sobre ello y rendirle un breve homenaje a este gran veracruzano del siglo XX.

Abstract

Emilio Carballido is a key to recognize the course of theater in Mexico, departing from the named Generation of Half Century, but further than recognize on himself just a play writer, there is a full time theatre man. And above all this, there is his entire literary work, his work as novelist and short story writer has a surprisingly quality. In this summary, we would think about it and pay a brief tribute to this great twentieth-century native of Veracruz.

Palabras clave/Key words: Carballido, teatro, literatura mexicana, Generación del Medio Siglo / Carballido, theatre, Mexican literature, Generation of Half Century.

Hubo un día en que Emilio Carballido se sentó en una banca cualquiera, en un parque cualquiera y se dejó llevar por lo que sus ojos veían. Gente que pasaba, niños jugando, parejas abrazándose, ruidos, coches, gente, bullicio. Voces y conversaciones de gente que vivía en ciudades y pueblos del México de la segunda mitad del siglo XX, que sufría, que luchaba que se confrontaba.

* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

Así, poco a poco, viendo e imaginando lo que pasaba en los pequeños mundos de la gente común, Carballido fue hilando y deshilando historias. Una tras otra, hasta llegar a conformar un paisaje narrativo y dramático que testimonia el universo de la vida cotidiana de cientos y cientos de seres humanos, de mexicanos de distintas extracciones sociales que son parte de nuestra propia existencia o, que incluso, puede llegarse el caso que esos seres no sean otros que nosotros mismos.

Ahí está Carballido con su pluma escribiendo y escribiendo, día con día, con sus hábitos y manías de escritor. Con sus enormes cuadernos de contabilidad en donde escribe sus borradores, para luego transcribirlos en su ya un tanto anticuada Remington portátil.

El día que se soltaron los leones, Los esclavos de Estambul, Rosa de dos Aromas, Vacaciones, Felicidad, Un pequeño día de ira, Silencio, pollos pelones..., decenas de piezas dramáticas más que se añan a ese invaluable fresco dramático de la ciudad de México que constituye la colección de más de cincuenta piezas en un acto que conocemos con las bien identificadas siglas de DF.

Suele decirse y machacarse que Carballido era un autor costumbrista, lo cual es particularmente falso. El costumbrismo como corriente literaria o artística busca idealizar vidas y costumbres de determinados grupos sociales. Carballido, en cambio, sin negar nunca su pasión y amor por los personajes que moldea, por los paisajes y ambientes que recrea, expone con mirada y juicio crítico y bajo el tamiz ácido del humor. Aunque en ocasiones el humor cede ante la aguda observación testimonial, como ocurre muchas veces en su narrativa, tal es el caso por ejemplo de *La veleta oxidada* en donde, como también lo hicieron otros narradores veracruzanos como Sergio Pitol, expone con gran sentido literario aspectos dolorosos de la frustración humana.

No vamos a detenernos aquí a comentar su obra novelística o cuentística, sino —por falta de tiempo— tan solo de algunos aspectos de su vasta obra dramática. Pero, aprovechemos la circunstancia para apuntar que en ambos perfiles de la obra creadora de Emilio Carballido se establece un aspecto esencial: contar historias. Unas de ellas se expondrán en tinta y papel y las otras correrán otra fortuna, la de la escena, la del encuentro con el público a través de la voz y la gestual de actores que encarnarán esa multiplicidad de personajes que Carballido alguna vez vio y oyó frente a sí o que llegó a saber por intermediación de otros cuentos, historias o chismes y diálogos provincianos o de vecindad.

Quizá por ello Carballido se haya inclinado preponderantemente por la dramaturgia y no por la narrativa, como ocurrió con la inmensa mayoría de sus contemporáneos. Las voces y murmullos y conflictos humanos adquieren un mayor sentido, una mayor fuerza expresiva y una dimensión más amplia en su belleza artística cuando son reproducidas en un escenario ante público diverso que se conmueve, se confronta o simplemente ríe ante lo que frente a su mirada se expone. El autor, a través del ejercicio creativo del director, sus actores, escenógrafo y demás reconfiguran lo que en papel el autor había figurado y que a su vez formó parte en algún momento de la realidad cotidiana. Y en eso estriba la magia del arte teatral, en reconfigurar como si fuese real, en un espacio y tiempo específicos, lo que en algún momento pudo haber existido en la realidad cotidiana o en el universo de percepciones del autor o en el imaginario social.

Quizá nunca sepamos la razón concreta por la que Emilio Carballido haya privilegiado, en cierta medida, el teatro de la obra narrativa. Pero es muy claro, cuando uno oye o —mejor aún— ejecuta los diálogos de los personajes de Carballido, que hay un sentido de vitalidad expresiva que inevitablemente no alcanzan su vigor natural en el plano literario. Es necesario hacer saltar a los personajes y a sus voces y palabras a un escenario. Y esa es la riqueza de su obra dramática, la de ser testimonio de más de cincuenta años de vida cotidiana en México; principalmente en el Distrito Federal y en su natal Veracruz. De 1950, fecha en que Salvador Novo le estrena en el Palacio de Bellas Artes *Rosalba y los Llaveros* y el año en que comienza a publicar sus primeras obras teatrales como *La zona intermedia*, *La triple porfía*¹ y *Escribir por ejemplo...* hasta poco antes de su muerte, acaecida en 2008, fue un constante escribir y testimoniar para el teatro la riqueza y la complejidad de la vida cotidiana del México moderno y contemporáneo. Sus conflictos, sus pequeñas y grandes traiciones, sus desigualdades, su demagogia y la ternura y el deseo de personajes como tú o como yo, de poder encontrar herramientas para combatir o superar el peso de los días o la opresión social en que se vive, como le ocurrió al personaje de *El día que se soltaron los leones*, que un acontecimiento singular le ayudó a descubrir que podía vivir su vida de otra manera. Y enfrentar a los demonios sociales que la acosaban.

¹ *La triple porfía* se había estrenado ya dos años antes en 1948 en la experiencia de teatro universitario conocida como “Teatro de Antecámara”.

Pero tampoco debemos pasar por alto dos de sus obras “históricas” que suelen ser dramas insignia de toda la obra carballideana: *El relojero de Córdoba*, basada en una leyenda colonial de su natal Córdoba en Veracruz, a propósito de un acontecimiento que podría datarse en el siglo XVIII y su obra de largo aliento *Tiempo de ladrones* escrita para la Compañía Nacional de Teatro y en la que reconstruye desde su imaginación y desde la documentación histórica la vida y obra del célebre Chucho el Roto, el Robin Hood mexicano en tiempos de don Porfirio. En ambas, es clara la intención del autor por evocar un hecho del pasado para hacernos reflexionar en el presente. En el caso de *Tiempo de ladrones* cabe decir que si bien es una obra perfectamente concebida para la escena, su estructura y el manejo de secuencias, nos permite percibir una suerte de juego y encuentro entre el novelista y el dramaturgo. La obra funciona para la escena y funciona sin problema alguno como texto narrativo, más allá de las propias acotaciones y didascalías requeridas para el caso de su interpretación escénica.

En medio de la enorme cantidad de obras que escribió el maestro Carballido, cabe decir que su preocupación temática mayor no está en la estricta descripción de ambientes y costumbre urbanas o provincianas, sino en la búsqueda por encontrar y desarrollar anécdotas y personajes teatrales para exponer de manera crítica el uso desigual de la impartición de la justicia en México. Un mal que con el paso del México moderno de mediados del siglo XX al México posmoderno de nuestros días, no ha hecho otra cosa que agravarse, y así sus dos grandes obras ¡*Silencio pollos pelones, ya les van a echar su maíz!* (1963) y *Un pequeño día de ira* (1961), a cincuenta años de haber sido escritas alcanzan una extraña actualidad contemporánea, sin que tenga que catalogarse como teatro documental, estas obras, entre otras de Carballido, lo son a fuerza de que la realidad social del país ha alcanzado los hechos ficcionales que se presentan en las obras mencionadas.

Hubo un día en que Carballido se puso a escribir teatro y pasaron muchos otros días y crepúsculos. Cientos, miles, hasta completar más de cincuenta años. El maestro Emilio Carballido Fentanes (Orizaba, Veracruz, 22 de mayo de 1925 – Xalapa, Veracruz, 11 de febrero de 2008) dejó de escribir, se nos murió, pero los personajes, las obras están allí para seguir siendo jugados e interpretados por grupos teatrales a todo lo ancho del territorio nacional. Emilio Carballido, —el maestro Carballido—, el cuentista, el novelista, el dramaturgo y el promotor cultural sigue estando entre nosotros.

Voces y conversaciones que un hombre de letras, un hombre de teatro vio y escuchó a lo largo de su vida y de las que dejó constancia en sus cuentos, en sus novelas y en la vastedad de su producción dramática. Me hubiera gustado en algún día, en algún parque cualquiera de cualquier ciudad o pueblo, haberme sentado con el maestro Carballido en alguna banca y en silencio los dos, contemplar el paso de la vida humana; sus voces, anhelos y distracciones, para después, frente al escritorio o la mesa de trabajo reconfigurar esas voces y esas imágenes en formas teatrales o darles vida literaria. Me habría gustado; pero no tuve la osadía de proponérselo, cuando en algunas cuantas ocasiones tuve la suerte de compartir con él y con algunos de sus discípulos un buen vino de Perpetlán o una taza de café en su casa de San Pedro de los Pinos.